

LA EDUCANDA.

PERIODICO DE SEÑORITAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. La Imagen, por don A. Pirala.—Cartas familiares, por doña Angela Grassi.—Viajes, por Sara.—La verdadera belleza [continuación], por don Felipe Guzman.—La corona de Maria, por Carlota.—GRABADO: *Correggio*.

EDUCACION MORAL.

LA IMAGINACION.



INDUDABLE la influencia que la educacion ejerce en la imaginacion, así como se vé que gobierna á los hombres en estado salvaje, se ven disminuir sus efectos á cada progreso de la civilizacion. Las clases menos sometidas al imperio de la educacion son las mas entregadas á las ilusiones, á la supersticion, á las locas esperanzas, lo cual es perfectamente conocido para que nos detengamos á demostrarlo. Se sabe que el desenvolvimiento de la razon y la acumulacion de conocimientos permiten explicar naturalmente una porcion de maravillas que parecen otros tantos prodigios al hombre ignorante. Un mundo fantástico y desordenado desaparece á medida que el mundo real se muestra en su magnífica armonia.

Pero si se doma fácilmente la imaginacion supersticiosa, ¿no hay otros géneros de imaginacion igualmente temibles? ¿Ha hecho la educacion moral relativamente los mismos progresos que la educacion intelectual? Pero debemos decirlo, la imaginacion no es enteramente independiente de la voluntad; podrá serlo en el sentido de no tener necesidad de nuestro sentimiento para obrar, porque traza sus cuadros, inventa, crea, prosigue su obra sin que tengamos precision de mezclarnos en ella, y menos intervenir; pero sí podemos intervenir en el curso de sus representaciones, quizá suspendido por la autoridad de nuestra razon. La educacion busca por

2.^a ÉPOCA.

una parte dar al discípulo fuerza de carácter para que impida á su imaginacion entrar en ciertos dominios, y crea, por otra, en su alma el necesario interés para que pueda fácilmente hacer seguir á la imaginacion otro camino. Ejercitar inocentemente la imaginacion es tan necesario como contenerla, y quizá no se la contiene mas que ejercitándola.

Nada excita la imaginacion, y de una manera asombrosa, como la lectura de la Historia Sagrada. Hasta la edad en que se aprenden sus nociones contribuye á hacer mas vivas las imágenes allí pintadas con tan brillante colorido. Coincidiendo esta lectura con lo que primero ha herido nuestra imaginacion, que son las primeras enseñanzas religiosas de la madre, que inculca en el niño los sentimientos de amor á Dios y al prójimo, que da una idea tan sencilla como poética de la gloria y del infierno, que hace concebir los maravillosos encantos de la una y los horribles tormentos del otro, se comprende la importancia é influencia en todo nuestro sér de ese primer ejercicio de la imaginacion. Pero debe cuidarse que no se confunda el amor que se debe á lo sagrado con lo que se debe á lo profano.

Cierto género de afecciones tiernas deben ser destruidas de la imaginacion, porque todo lo que una disposicion novelesca y melancólica añade tormentos á las penas del corazon, se puede ver en el ejemplo de ciertas mujeres, y de altas clases particularmente. En su ociosa existencia es un verdadero azote. Fijada sobre un solo objeto de temor ó de sentimiento, la imaginacion envenena constantemente la llaga de su corazon, le hace considerar como una especie de gloria sufrir mucho, y lleva el egoismo á los sentimientos mas alejados de la personalidad. Por una suerte de maleficio parece su alma inmóvil. Muy exaltada para descender á nada pequeño, y muy abatida para ascender á nada grande, esta alma no bus-



ca en el cielo ni sobre la tierra ningun consuelo ; y á menos que Dios, olvidado por ella, no lo prevenga, su estado es verdaderamente digno de lástima.

Los males causados por la exaltacion de los sentimientos son tan terribles, que no debe tratarse de educacion sin considerar como un deber imprescindible el señalarlos ; así que todos los advierten, y no son desconocidos. Están tambien en el buen sentido de todos, pero aun hay otros caminos que recorrer, porque es vasto y de importancia el asunto que nos ocupa.

A. PIRALA.

LA ALEGRÍA.

Imitacion de Blicher, poeta dinamarqués.

Yo perdí la compañera
De mis años infantiles
Al cumplir los quince abriles.
¿Cuándo, cuándo volverá?

Era dulce y placentera,
Y aunque no la comprendía,
De continuo me seguía.
¿Por qué no me sigue ya?...

Antes nunca la llamaba,
Y ella siempre, hasta en el sueño,
Me halagaba con empeño
Provocándome á reir.

No era yo quien la buscaba,
Hoy la busco en vano. ¡Ay triste!
Alegria, ¿dónde fuiste
Que no quieres ya venir?

Nunca, nunca me acompañas,
Aunque imploro tu consuelo,
¿Por ventura fuiste al cielo
Con los seres que perdí?...

Te subiste á las montañas,
O bajaste á la campiña,
Dó mil veces, cuando niña,
En tus brazos me dormí?

Yo te busco en los placeres,
Y no encuentro sino hastío;
Yo deploro tu desvio
Juntó al claro manantial.

Yo pregunto á cuantos seres
Años há te conocieron;
¡Todos, todos te perdieron,
Alegria virginal!

No te veo en las miriadas
De las fúlgidas estrellas,
¿Son acaso menos bellas,
O mi vista se anubló?

Fijo en vano las miradas
En el cáliz de las flores.
¿Han perdido los colores,
O no soy la misma yo?...

Vuelve, vuelve compañera
De aquel tiempo venturoso,
Con tu rayo luminoso
Encamíname hasta el bien.

Pero estás en otra esfera...
Te descubro en lontananza;
Mi alegria es la esperanza
De gozar en el Edén.

MICAELA DE SILVA.

CARTAS FAMILIARES.

XIX.

De Enriqueta á la Abuela.

—Los unos todo, los otros nada, ¿cuál es el misterio que encierra la existencia? murmuró el niño. Luego repuso como respondiéndose á sí mismo:

Almas venidas al suelo
Para llorar y sufrir;
Tended las alas al cielo,
Que está el templo del consuelo
Tras las nubes de zafir!

En verdad que Jorge es un niño extraordinario. Estos versos no eran suyos, pero en su modo de recitarlos se veía que era poeta.

—Sí; exclamé yo, dichoso el que apura aquí con santa resignacion su copa de lágrimas; lágrimas benditas que fecundan palmas inmortales!

Hubo un momento de silencio. Las melancólicas palabras del huérfano habian llenado de indefinible tristeza todos aquellos inocentes corazones.

—Antonio Allegri, prosiguió Jorge, nació en Correggio, ciudad de Italia, en 1494. Sus padres eran pobres: sus padres bajaron el uno en pos del otro á la tumba y le dejaron abandonado.

Antonio habia nacido pintor, y fué pintor sin maestro y sin modelos.

A veces, mientras imploraba la caridad pública sentado en un ribazo del camino, trazaba sobre la

arena caprichosas figuras, ó las trazaba sobre las blancas paredes con un poco de carbon, que constituía su tesoro.

A los ocho años pareció mitigarse el rigor de su fortuna. Un tío suyo tuvo lástima de él, y aunque también era pobre, lo llevó consigo á Parma.

Allí intentó hacerle seguir su mismo oficio de cerrajero; pero si bien Antonio tímido y sumiso, quiso complacerle, no pudo apagar la llama del génio que le abrasaba el alma.

Un día la casualidad le condujo delante de un cuadro de Rafael. Quedóse estasiado al verle, le contempló largo tiempo en silencio, y luego exclamó con un arranque de entusiasmo:

—Yo soy también pintor!...

Desde aquel instante quedó fijado su destino. Compró un pequeño lienzo, algunos pinceles y colores, y se entregó por completo á su ocupación favorita. Pintó, pintó noche y día con un ardor infatigable, y su primera obra fué digna de su génio.

Pero toda su energía, toda su arrogancia le abandonaban al atravesar el umbral de su estudio. Dentro de él, solo, y frente á frente con el arte, era un grande hombre, de mirada atrevida, de voluntad de hierro; en el comercio con los hombres, era pusilánime y encojido.

Ofreció su obra á los compradores con acento humilde, con ademán suplicante, y apenas le dieron lo suficiente para comprar otro lienzo. Lo mismo le sucedió en el porvenir, y sus cuadros tan buscados en el día, vendidos á tan alto precio, él los dió casi por nada. ¿Es qué desconocía su propio mérito, ó es que le faltaba arte para hacer valer su talento?

—Mil veces os he dicho, exclamé yo, que las mayores virtudes se truecan en vicios, cuando pasan de sus justos límites.

La modestia, esa admirable cualidad que tanto nos enaltece, que tantos encantos presta al verdadero talento, puede dejenerar no solamente en vicio, sino hasta en crimen, cuando se convierte en timidez estúpida y pueril.

El sol ha recibido del Omnipotente la orden de iluminar y fecundizar la tierra, ¿qué sería de nosotros si velase siempre sus rayos entre pardas nubes? Los grandes hombres han sido creados para iluminar el mundo, y es desconocer su misión, es contravenir á los decretos del Eterno, el dejar que se estinga entre tinieblas la antorcha de su génio.

Si la jactancia demuestra una alma frívola y superficial, la humildad excesiva, demuestra un espíritu ruin y miserable. El hombre ante todo debe ser digno, y estimarse á sí mismo en lo que vale.

—Correggio era tan pobre, y de condición tan humilde! murmuró Jorge.

—El hombre vale por lo que es en sí, y no por el oropel que le rodea!

—Pero la pobreza, madre, la pobreza! insistió el niño, que es firme en sus ideas como una roca.

—Es verdad, respondí, al pobre se le cierran todas las puertas, pero la dignidad y la fortaleza saben abrirlas de nuevo.

Antonio pudo vender por poco su primero, su segundo cuadro, pero en su época, las artes, y en particular la pintura, gozaban de mucha estima, y no le hubieran faltado protectores.

Antonio cometió un triple crimen; privóse á sí



Correggio.

mismo, privó á su familia y al arte de las ventajas de su génio, y se mostró ingrato para la Providencia, que le había hecho una dádiva tan preciosa!

Sed modestos, hijos míos, pero no de espíritu apocado. Estudiad bien sin pasión y sin orgullo los límites de vuestros conocimientos, y procurad llevar con santo ardor, con noble dignidad vuestro grano de arena al edificio social, para que confundido con los otros, contribuya á labrar el templo de la sabiduría humana!

—Antonio, prosiguió Jorge, apenas tenía veinte años, y ya su salud empezó á quebrantarse, minada por el dolor y las vigiliás.

Quiso volver á respirar el aire de su patria; quiso ir á orar sobre la sepultura de sus padres.

Al cumplir este último deber, halló arrodillada sobre la misma humilde tumba á una tierna niña. Era una prima suya, pobre como él, huérfana como él. La amó! Los sombríos cipreces del cementerio recibieron los primeros juramentos de aquel amor, que debía ser tan triste y sombrío como ellos! Anto-

nio cifró en Carolina todos los afectos de su alma, de su alma sedienta de ternura, solitaria, desde que había empezado su peregrinación sobre la tierra!

Se casó, tuvo hijos, y á pesar de que trabajaba con incansable afán, vió bien pronto á la escuálida miseria asomarse al dintel de su buhardilla.

Probo y honrado, incapaz de deber el sustento más que á su trabajo, abandonó la ciudad y se refugió en un humilde pueblecillo.

Y entonces, el grande hombre, el príncipe de los pintores de su siglo, vivió oscuro, ignorado, yendo á los mercados de los pueblos vecinos en busca de compradores para sus sublimes cuadros!

Alguna vez volvía contento á su cabaña con el mezquino producto de sus ventas: otras veces, las mas, volvía cabizbajo, lleno de amargo desconsuelo, trayendo sobre sus hombros el magnífico cuadro desdénado por una turba de ignorantes mercaderes.

Y volvía sin pan para sus hijos, que le esperaban agrupados en la puerta de la choza, y con la triste expectativa de verlos luchar durante muchos días contra el hambre y la miseria!

No obstante, Antonio tenía un consuelo: si era pobre en bienes de fortuna, era muy rico en amor: sus hijos le querían con pasión, su mujer le idolatraba!

Amar y ser amados, ¿no es esta la mayor dicha á que puede aspirar un alma?

Jorge se detuvo y fijó sus miradas llenas de ternura en María. María se ruborizó, y empezó á jugar con las cintas flotantes de su cinturón.

—Jorge, repuso.

Pero la fortuna le acibaró hasta esa dicha. De sus cinco hijos perdió dos, y su mujer cayó gravemente enferma.

Una noche.... Era una noche oscura y tempestuosa, Antonio velaba junto al lecho de su mujer, cuando llamaron á la puerta.

Era un monje Carmelita, extraviado entre los bosques, que pedía un asilo.

Antonio, aunque tan pobre, era la providencia de los pobres, y su infinita caridad contribuía no poco á aumentar su angustioso estado.

Hizo entrar al monje, le dió pan y queso... ¡cuánto poseía! Y no teniendo cama salió á buscar un poco de heno, y lo puso en el reducido chirivital en donde estaban amontonados sus cuadros.

Cuando rayó el alba, el monje, varón ilustrado é inteligente, vió surgir de entre las sombras, y multiplicarse á su alrededor, mil caprichosas figuras..... Dejó escapar un grito de asombro, creyó que soñaba todavía!....

Pero brilló el sol, y todas aquellas figuras se iluminaron, resplandeciendo de belleza y magestad.

El monje las examinó largo tiempo en silencio, luego corrió á buscar á su huésped, y le preguntó

con el mas vivo interés, porqué se hallaban en su poder aquellos cuadros.

—Son míos! dijo el artista bajando los ojos.

—Cómo! exclamó el monje sonriendo, querriais hacerme creer que sois vos el autor de esas obras admirables!

Las megillas de Antonio se tiñeron de carmin. Por segunda vez resonó dentro de su alma aquella voz que le habia hecho exclamar delante del cuadro de Rafael: *Yo soy pintor tambien!*

Cogió al monje de la mano y le arrastró consigo hasta el taller.

Allí, delante de él, trazó sobre el lienzo algunos rasgos sublimes, con mano firme, con la inspiración pintada en el semblante!

—Seguidme á Parma, exclamó el monje transportado de entusiasmo, llevad cualquiera de esos cuadros, y el Prior de mi convento os dará por él una suma tal, que os ponga al abrigo de los desdenes de la fortuna.

Antonio cayó de rodillas, lloró!... El placer le ahogaba! Abrazó lleno de júbilo á su mujer y á sus hijos, y siguió al monje.

Este cumplió su promesa. El Prior del convento, estasiado al ver la magnífica obra del artista, le dió un saco lleno de oro.

¡Un saco lleno de oro! lo oís? á él tan pobre, tan desvalido!

Creyó volverse loco de alegría!... ¡Sus hijos no carecerían de pan, no carecería de pan su amada Carolina!...

Su primera acción fué correr á la iglesia, dar gracias á Dios por tan inesperado beneficio....

Luego pensó que todos los instantes que tardase en volver á su casa, retardaría el gozo de su familia!...

Ya se figuraba de antemano oír las exclamaciones de su mujer, las risas de sus hijos!...

Se puso otra vez en camino... Era en Agosto, iba á pié, de prisa y el saco pesaba horriblemente...

Cuando llegó á la puerta de su cabaña, halló á su mujer y á sus hijos que le esperaban.

¡Ay, que les traía la fortuna, pero el dolor con ella!

Quiso sonreír, y no pudo, cayó exánime sobre una silla: á los pocos instantes había muerto!

¡Había muerto con el consuelo de no dejar en el desamparo á su familia; pero sin saber que era uno de los mas grandes pintores del siglo!...

¡Oh madre, cuando voy al Museo, y me enseñan los magníficos cuadros del Correggio, no puedo menos de llorar!...

—Llorar no!... Por qué? Dichoso él, que fué virtuoso, honrado, caritativo en medio de su pobreza! Tú lo has dicho y no lo olvides:

¡ Almas venidas al suelo
Para llorar y sufrir,
Tended las alas al cielo
Que está el templo del consuelo
Tras las nubes de záfir!

ANGELA GRASSI.

VIAJES.

CARTAS Á UNA NIÑA.

XXVII.

No es ciertamente Marsella mas rica en monumentos de la edad media que en ruinas antiguas: de estas solo merecen citarse las de la *Puerta Juliana*, por la que entró en la ciudad Julio César, despues de haberla reducido á la razon Trebonio, y algunos arcos del palacio de las *Thermas*, en la plaza de Leuche, que hoy sirven de tienda á un tonelero, y de aquellos el *Campanario de los Accoules*, la *Abadía de San Victor*, la *Torre de San Pablo*, ó mas bien sus ruinas, la *Casa Ayuntamiento* y el *Fuerte de San Nicolás*.

El campanario de los Accoules es todo lo que queda de la iglesia de *Ntra. Sra. de los Accoas*, destruida en tiempo de la revolucion: su forma es la de una flecha romana. La Abadía de San Victor se levanta en el mismo sitio en que Casiano, de regreso de los desiertos de la Tebaida, encontró en una cueva el cadáver de este Santo: su primitiva fundacion data del año 410. Venérase en ella la imágen mas querida de los marselleses, la *Virgen Negra*; el dia de la Candelaria se trasporta de la bóveda á la iglesia para exponerla á la veneracion de los fieles, que desde tiempo inmemorial impetran su auxilio en las épocas de grandes sequías. La Torre de San Pablo, que hace veinte años estaba aun en pié, y como la Abadía de San Victor, fué aspillera y fortificada en 1525: sobre su plataforma se colocó la famosa culebrina que obligó al ejército español al mando del Condestable de Borbon á levantar el sitio. A los mil años de vida fué condenada á muerte por orden del Ayuntamiento, y sustituida con una fábrica de jabon. La casa Ayuntamiento nada de notable contiene: lo primero que se vé al entrar en ella es la estatua de mármol del asesino de Casaulx, Libertat, con la misma espada en la mano con que consumó su crimen.

Mi primera visita ha sido para el puerto y la playa; de aquél ya creo haberte dicho que es uno de los mas concurridos del mundo; ésta es magnífica é in-

descriptible el paisaje que se abarca desde ella; la ciudad por un lado, encerrada en un círculo de montañas que parecen que tocan al cielo, y por el otro el mar, limitada por el horizonte, en cuyo fondo se levanta sobre una roca el faro de Planier. De la playa híceme conducir al puerto de los Catalanes, que no hay quien no conozca de nombre por la célebre novela de Alejandro Dumas, *Montecristo*, y que él mismo califica en sus *Impresiones de Viaje* de una de las cosas mas curiosas de Marsella. Lo es en efecto, tanto por la singular construccion de sus casas, como por sus no menos singulares moradores, que visiten y hablan de distinto modo que el resto de la poblacion, obedecen á diversas leyes y tienen distintas costumbres. Témesese que en breve desaparezca esta pequeña colonia, tan rápidamente va decreciendo: es una página de la historia antigua intercalada en la moderna.

Al regresar á Marsella, agradablemente impresionada por esta primera excursion, llamóme una de mis amigas, que, auxiliada por su esposo, me sirve de *ciceroni*, sobre el antiguo convento de los Bernardinos, hoy Museo, que contiene á la vez una biblioteca, un gabinete de Historia natural y otro de medallas, una escuela de dibujo y otra de arquitectura, y por último una galeria de pinturas. Entramos: la Biblioteca contendrá próximamente cincuenta mil volúmenes y de ocho á diez mil manuscritos, no abrazando los primeros mas allá del siglo XVIII. Por el contrario, el gabinete de Historia natural se enriquece diariamente con preciosidades del polo ártico y del polo antártico, de Calcuta y de Buenos Aires, de la Nueva Holanda y de la Groenlandia.

La galería de cuadros, que recuerda á la capilla Sixtina, por su falta de luz, su silencio y el recogimiento que inspira, posée algunos de indisputable mérito, de Anibal Carache (un paisaje), de Agustin Carache (una Asuncion), de Perugino, de Vieu, de Van-Dick (un magnífico retrato), de Salvator Rosa, de Miguel Angel Caravagio, de Jordan (una pesca milagrosa), y de Rubens (la célebre *caza de Rubens*.) Las escuelas de dibujo y de arquitectura de Marsella han producido: la primera, á Paulino Guerin, á Beaume y á Tanneur, y la segunda á Puget.

Concluyo esta carta de noche, de vuelta del teatro, que es un teatro como otro cualquiera, si se exceptúa su antiquísimo techo admirablemente pintado por *Beatu*, que representa á Apolo y á las Musas echando flores al Tiempo. Se ha cantado la Semíramis entre ruidosos aplausos: aquí el artista que no acepta el público no vuelve á presentarse en escena. ¡ Cuántos teatros de ópera tendrian que cerrarse si en todas partes se hiciera lo mismo!

SARA.

LA VERDADERA BELLEZA.

Continuacion.

VIII.

Jóvenes lectoras, voy á revelaros un secreto general para agradar.

Todo él se encierra en esta palabra: *Amabilidad*.

Que viene á ser en cierto modo como *Caridad*.

Nadie sabe bastante todo el encanto, todo el atractivo que tiene esa palabra, ó por mejor decir esa virtud.

Fulanita no es un tipo; ella no tiene nada de hermosa, pero es tan amable! qué graciosa es!

Es que toda persona amable parece graciosa.

Y luego si la niña es amable por su corazón!

Porque á la verdad, hay personas mordaces que si delante de alguno presentan su semblante risueño, tan pronto como se separan empiezan á lo que decimos vulgarmente cortar vestidos y levitas!

¡Y eso no es amabilidad! Eso no es generosidad!

¡Es perfidia! es hipocresía, ruindad!

Hay corazones tan nobles, por el contrario, que evitan la crítica, y por costumbre hablan bien de todos, porque tienen alma grande y sentimientos generosos, y jamás descienden á la mezquindad de gozarse en las debilidades del prójimo.

El encanto de los primeros dura hasta que se les oye hablar.

Los segundos llevan en sí un no sé qué que agrada, que seduce; sobre todo en las jóvenes que tienen en su abono toda la ligereza, la flexibilidad, la sencillez y la pureza de la edad; encantan, cautivan, admiran, pero de un modo suave, dulce, que mueve nuestros mas delicados sentimientos y conmueve las fibras mas sensibles de nuestro corazón.

Y esto lo decimos, porque Teresa era una niña que pertenecía á estas últimas, y su noble carácter y su sonrisa franca y leal, eran un contagio de cariño desde el primer día para todos los que la hablaban.

IX.

Fidel, el joven de que tan poco caso hemos hecho hasta ahora, participó tambien, como no podia menos, de este contagio.

Desde el primer día se despertaron sus simpatías por Teresa, y como cada día descubria en ella nuevos tesoros de bondad y de virtud, aquellas simpatías que habian pasado por las diversas fases de admiración, respeto y temor, degeneraron en un decidido é inmenso amor.

Mas como se deja ver, el amor de Fidel era tímido y trataba de ocultarlo, tanto mas, cuanto que él habia creído enamorarse de una joven de su clase, y se hallaba enamorado locamente de una tan pobre como Teresa.

Y como el trato engendra las simpatías, el trato y las simpatías le condujeron al amor, hasta tal extremo, que desde el momento en que Jorge y su hija entraban en su casa, Fidel se hallaba turbado como todos los enamorados delante de su objeto amado, y sus palabras se hacian mas escasas.

La pícara Teresa lo conoció al momento; pero como á ella no le tocaba hablar, se calló, y se puso á meditar con mucha gravedad, acaso con demasiada, la respuesta que habia de dar á aquel joven, en quien veia hasta entonces un amigo y un bienhechor.

Por fin se decidió Fidel á salir de aquella situación acongojada; á decir á Teresa de un modo ó de otro todo lo que ocultaba su corazón, pero tropezó en una dificultad.

Teresa no estaba nunca sola. Todos los domingos la podia ver, pero en su casa en presencia de todos, ó acompañada del pobre Jorge, en cualquier otra parte.

X.

—Sabes José que me ocurre una cosa?

—Sepamos.

—Que hace tiempo que no hemos ido al huerto.

—Ayer estuve yo.

—Y qué tal está aquello?

—Bien. Está muy animado; como ahora es la fuerza de la fruta.

—Te decia si podríamos ir esta tarde.

—Sí que podeis. Yo queria proponértelo desde que ví ayer aquello tan hermoso, y se me ha pasado por alto.

—Pues bien, esta tarde, si tú quieres, te marchas con el caballo y nos esperas, que nosotros iremos poco á poco.

—Y quiénes vais?

—Pensaba darte una sorpresa, pero al fin te lo voy á decir.

—Algunos amigos de casa.

—Jorge el ciego y su hija.

—¡Oh! me alegro mucho, y ellos ¡cuánto se alegrarán!

—¡Ya lo creo! Figúrate el tiempo que hará que el pobre no ha visto hoja verde.

—Toma, desde antes de quedarse ciego.

—Tienes razon, ni me acordaba. Pero aunque no vea nada gozará del aire del campo, del olor de las flores, y tambien comerá fruta, que á saber desde cuando no la habrá probado.

—Eso de seguro. Harto harán los pobres de poder pasar.

—¡ Señor, unos tanto y otros tan poco!

—Vaya, hija, con qué ireis por allá?

—Sí, espéranos á eso de las cinco.

—¿ Y Fidel?

—Tambien irá con nosotros.

—Convenido. Para cuando vayais os habré cogido lo mejor del huerto.

Tal era la conversacion de doña Elena y D. José.

No trataremos de espresar la especie de alegría que aquella sencilla gente sintió con la invitacion de doña Elena.

En cuanto á Teresa, diremos que en su vida la habia tenido semejante.

¡ No recordaba haber estado jamás en un huerto con flores y frutas!

XI.

Al pié de unos montes, vestidos en sus cimas de abundantes vides, y en sus faldas de robustos olivos, veíase una estensa huerta en que florecia una animada vegetacion.

Allá abajo, cerca de unas arboledas de frondosos álamos, destacaba por su blancura una casita nueva con un cercado, blanco tambien, que ocupaba una porcion bastante regular de terreno.

Aquel era el huerto de D. José. Estaba tan arreglito, tan bien cuidado, los paseos tan limpios, los emparrados tan espesos, la tierra tan arreglada; tenia unas verjas de cañas tan preciosas, y unos bancos rústicos tan bien ordenados, que al momento se dejaba ver una mano constante, una paciencia sin límites, un génio tan poético como la naturaleza, que dirigia aquellos árboles, que regaba aquellas pequeñas plantas, que cuidaba aquellas flores, que reponia la simetría de los paseos.

Era el génio de una pequeña familia. Aquel huerto era la única diversion de D. José, su esposa y su hijo.

Cuando llegaron, doña Elena quiso encargarse del pobre ciego para dejar á Teresa en completa libertad.

Jorge sentia allí una emocion que le embriagaba, solo él podia definirla. ¡ Él, que contemplaba la naturaleza con los ojos cerrados, y que al respirar aquel ambiente y al aspirar aquel aroma, solo encontraba en su alma un eco profundo!

¡ Dios y su desgracia!

Teresa parecia loca de alegría. Corria todos los paseos, olia todas las flores, se sentaba en todos los bancos, hacia mil y mil preguntas, de que todos se reian y á que todos contestaban, y sin embargo no se atrevia á coger nada de lo que veia.

Despues todos se sentaron, y todos sintieron un in-

menso placer; los unos por la felicidad que hallaban en aquellas nuevas emociones, y los otros por contemplar con qué poco son felices ciertas personas.

XII.

—Vamos Teresa, ya has descansado, decia doña Elena, ahora vas á pasear al huerto con Fidel, y que te enseñe bien todo; tú, Fidel, enséñale el estanque de los peces y la fuentequita, y el cenador y el árbol de cuatro frutas.

—Que se diviertan los pobres chicos, nosotros que somos personas mayores nos estaremos aquí en conversacion.

Oh, cuánto agradeció Fidel aquellas palabras de su madre! ¡ La hubiera abrazado!

Iba á hablar solo por primera vez con Teresa.

¡ Con Teresa, que era hacia tanto tiempo el único ensueño de su infancia, el único objeto de su corazon!

Y el pobre Fidel que tanto habia esperado, tenia miedo de decir la primera palabra.

Al fin, vió un grupo de claveles de color de rosa, y alegrándose de salir del apuro, cogió uno, el mejor, acercóse á Teresa y se le dió fina y silenciosamente.

Teresa, por toda contestacion, dió del modo mas natural las gracias á Fidel.

Pero éste habia esperado una contestacion que no recibia, es decir, queria que Teresa le hubiese dado otro á él, pero no fué así.

De modo que no pudiendo contenerse mas, y antes de perder aquella excelente ocasion, se atrevió á decir:

—No es verdad que es muy bonito el color de estos claveles?

—Sí, muy bonito, contestó Teresa.

—Y no sabe Vd. qué significa?

—¿ Qué significa; qué?

—El color de rosa.

—Que no hay rosa sin espinas, dijo oportunamente Teresa.

—No, ya vé Vd. que los claveles no las tienen.

—Sí, pero los claveles no son rosas.

Y como Fidel viera que la cuestion se estraviaba, la volvió al camino diciendo:

—Con qué no sabe Vd. lo que significa el color de rosa?

—Ya vé Vd. que no.

—No lo adivina Vd.?

Y Teresa, que lo sabia, pero que era muy pica-rilla, dijo con disimulo:

—Soy muy tonta. No doy en ello.

—Pues significa....

—Vamos, qué?

—Amor.... dijo con timidez Fidel, echando una mirada al clavel y á Teresa, que todavía lo tenía en la mano.

Ésta se puso entonces muy coloradita, y sin dejar su sonrisa, y con los ojos bajos, dijo:

—Vaya, ¡qué malo es Vd., Fidel!

Y por un movimiento repentino echó á andar precipitadamente hácia donde Fidel habia dicho que estaba el estanque de los peces.

Durante las vueltas que daban por los paseos, observó Fidel que Teresa buscaba algo con los ojos; sin duda buscaba alguna flor!

La esperanza le hizo feliz por un momento, y el muy bribon solo la llevaba por donde habia claveles.

Cuando pasaba por los amarillos los miraba con recelo, con terror, y decia para sí: ¡si cogerá alguno! Si me dará calabazas!

Por fin pareció encontrar Teresa lo que buscaba.

Inclinóse, cogió una flor, y se la dió á Fidel.

Era una violeta.

Fidel quedó un momento contemplándola pensativo, y dijo:

—Bien, y esto qué significa?

—Con qué Vd. tampoco lo adivina?

—No.

—Pues significa amistad.

—Y echó á correr hácia donde estaban sus padres.

Fidel se quedó confuso, fué á seguirla, pero la alcanzó al lado de su madre.

(Se continuará.)

FELIPE GUZMAN.

LA CORONA DE MARÍA.

Una piadosa mujer habia elevado á su Virgen amada un sencillo altar en medio del frondoso valle donde vivia, y todas las mañanas iba presurosa á depositar las mas bellas flores de los campos á los piés de la imágen. Tenia aquella honrada mujer un solo hijo, á quien desde su infancia inspiró el mas profundo amor á la Virgen Santísima, acostumbrándole á que todos los dias tambien fuese á adornar la pura frente de María con una corona de frescas y blancas rosas.

Pasados algunos años, Carlos, llegado á la juventud, tuvo que separarse de su querida madre, para ir á un colegio, y fué para su corazon un terrible momento aquel en que, despues de haber llevado á la Virgen su diaria corona de rosas, se vió obligado á desprenderse de los brazos de aquella que

le diera el sér y le inspirara tan piadosos sentimientos.

Prolongóse la ausencia del jóven, y cuando su madre, enferma y anciana ya, no pudo continuar su santa costumbre, vertió Carlos amargas lágrimas á la idea del abandono de su Madona querida, y se afligió tanto, que el director del colegio, anciano amable, tuvo que preguntarle la causa de su pena: confesósele el discípulo, y aquel le dijo: —«Toma, Carlos, toma este rosario para que todos los dias ofrezcas á María una mística corona, fresca y lozana siempre.»

Y en efecto, el jóven fué siempre fiel á este consejo, cuyo cumplimiento proporcionaba á su alma la misma pura satisfaccion que en otro tiempo su cotidiana visita á la Virgen del valle.

Cierto dia que acompañaba á su maestro en un corto viaje, extraviáronse ambos en una espesa selva, llegando la noche sin que pudiesen hallar el camino del colegio: andando sin tino, oyeron un confuso ruido de voces que les hizo temblar de miedo, pues aquel bosque decíase estar infestado de malhechores que despojaban á los imprudentes que en él se internaban. Ni una estrella brillaba en el firmamento, todo infundia pavor, y el anciano y Carlos permanecian inmóviles, cual si sus piés se hubiesen clavado en la tierra: entonces pensó Carlos en la hermosa Virgen de su valle natal, y lleno de fé exclamó en alta voz: «Ave María.» De pronto lució en el cielo una viva claridad, gracias á la cual el maestro y su discípulo encontraron una senda que les condujo á una aldea cercana; y viéndose fuera ya de peligro, cayeron los dos de rodillas en medio del campo, ofreciendo en accion de gracias á la Virgen santa su mística corona.

En el instante se apareció á los dos viajeros una hermosa mujer, resplandeciente de gloria y de bellezas, rodeada de coros de ángeles, y tocando la frente de su jóven servidor, tomó de sus manos el rosario, cambiado ya en una corona de rosas blancas, y se la llevó al Cielo!

CARLOTA.



Por lo no firmado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1864.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.